

entrar en el golfo de este siglo tan tempestuoso sin el socorro de esta áncora? Y si la esperanza es el escudo con que nos defendemos del enemigo ¿cómo andan los hombres sin este escudo en medio de tantos enemigos? Y si la esperanza es el báculo con que se sostiene la naturaleza humana despues de aquella general dolencia ¿qué será el hombre flaco sin el arrímo de este báculo?

De la alegoria pura nacen, como de una fuente comun, los proverbios, los apólogos, los símbolos, los emblemas, y los enigmas; de todo lo qual hablaremos ahora separadamente.

Proverbios.

Esta locucion figurada, cuya sentencia moral está embozada debaxo de un velo alegórico, ó histórico, es llamada *proverbio*, *adagio*, y vulgarmente *refran*, que es propiamente un célebre dicho antiguo, aunque nuevo en la aplicacion; y asi se puede repetir aqui lo que un autor clásico dixo: que para que las cosas que se dicen tengan gracia, se han de decir las nuevas como comunes, y las comunes como nuevas. Que sean figuras de ornato en la oracion es constante, porque salen y se apartan del comun modo de hablar, y asi conviene que les acompañe el uso y la doctrina para autorizarlos.

La celebridad de los adagios nació de los ora-

culos de la gentilidad, de los apotegmas de los sábios, de alguna sentencia proferida en el teatro y bien recibida del público, de alguna fabula, historia ó suceso notable: finalmente de las costumbres, condicion y género de vida de alguna nacion ó persona particular, por alguna razon excelente, notoria, y comun á todos. Tienen gran eficacia y energia para la enseñanza moral y civil, abundando, como abundan, de sabios documentos para la vida pública y privada, avivados con bellas imágenes y alusiones, vestidos siempre con un agradable velo, ya alegórico, yá enfático, en estilo llano, breve, y sencillo, que da mas valor á la sentencia que encierran.

De estas locuciones abunda acaso la lengua española mas que ninguna; y no son su menos preciosa gala, asi por su agudeza y concepto, como por su forma y estructura elegante, y buen sonido. Son muy provechosos, y aun necesarios, principalmente para persuadir, para moralizar, y para vestir la desnudez de la verdad. Sazonan los escritos festivos y caen bien en la boca del hombre usados con oportunidad y economía: lo contrario sería abuso muy reprobado. Podrán usarse alguna vez en principio de un discurso, ó proposicion como argumento; ó interpolados entre medias con algun correctivo que excuse su introduccion; ó al fin, por modo de epifonema, ó aclamacion. Y como el proverbio se debe usar á modo de saynete, y no de plato principal

importa algunas veces hacerle una precapcion de esta ú otra forma: *como dice el refrán...nos advierte un refrán...bien dice aquel refrán...allá nos dice un refrán...*

Se pueden dividir los refranes en históricos, simbólicos, y literales; y como de todas estas especies abunda la lengua española, pondrémos á la vista del lector algunos escogidos en gracia de la misma lengua.

¡ Quanta moralidad y concepto encierran debaxo de su corteza, que les da un ayre de enigmas! *Una golondrina no hace verano*: entiendase que un exemplar no hace regla. *Hijos de tus bragas, y bueyes de tus vacas*: entiendase el mayor cuidado que se tiene de las cosas propias respecto de las ajenas. *Quien á buen arbol se arrima, buena sombra le cobija*: nada mas quiere decir sino la fortuna que logra el que tiene proteccion poderosa.—De los *históricos* podemos citar estos por exemplo: *No se ganó Zamora en una hora*; esto es, que las cosas grandes y árduas necesitan de tiempo para executarse, ó lograrse; aludiendo al sitio porfiado y largo que sufrió aquella ciudad.—De los *simbólicos* sirvan de exemplo los siguientes: *cada oveja con su pareja*; esto es, que cada uno se iguale con solo los de su esfera, sin pretender ser mayor, ó baxarse á ser menor de lo que le compete. *Cada cabello hace su sombra en el suelo*; para significar que no se debe despreciar alguna cosa por peque-

ña que sea. *Da Dios alas á la hormiga para que se pierda mas aina*; es decir, que suelen perderse, ó acabar desgraciadamente los que llegan á grandes empleos y fortuna, si no hacen buen uso de ellos. *De pequeña centella, gran hoguera*; esto es que de un leve motivo se suele levantar gran discórdia. *De mal cuervo mal huevo*; es decir, que de padre malo suele salir el hijo malo. *El buey suelto bien se lame*; en que se denóta quan apreciable es la libertad.

Algunos refranes son sentencias, pues notienen otro sentido que el literal, como estos: *Lo mucho gasta, y lo poco basta—Mas da el duro que el desnudo—El mandar no quiere par.—Obras son amores y no buenas razones —Poco daño espanta, y mucho amansa.—Duelos, con pan son menos.—Acometa quien quiera; el fuerte espera.—Bien vengas mal si vienes solo.—Bien ama quien nunca olvida.—Del viejo el consejo.—Gloria vana, florece, y no grana.*

Apotegmas.

A la clase de los proverbios pertenecen los apotegmas, ora estén recibidos como adagios, ora no; y bien que convengan con estos en la agudeza y brevedad de la sentencia, hay esta diferencia, que los apotegmas son unos dichos mas notables y graves, autorizados con el nom-

bre de algun principe, héroe, filósofo, capitán, ó legislador de la antigüedad, que nos ha conservado la historia; y baxo de esta consideracion tienen gran lugar en los escritos sérios, y no desdican del estilo sostenido y noble, donde se suelen citar para adorno, lustre, y gracia del discurso, sea historico, sea moral.

Y aun quando de su lectura no se aprendiese mas que exemplos insignes de bien decir; el deleyte de oír hablar como traidos á nuestra compañía los ilustres varones que ya no existen; sería siempre un entretenimiento provechoso conocer el caracter, las costumbres, y el ingenio de cada qual; porque, como dice muy bien Demócrito, y antes Salomon: *las palabras del hombre son la imágen de su vida.* Los nuestros, dice Ciceron, quisieron que las cosas que dixésemos graciosas, breves, y agudas se llamasen de círes, como es este del mismo orador: *al fuerte no puede serle la muerte pesada, ni al consul temprana, ni al sábio miserable.*

No pretendemos hacer aqui colecciones de estos dichos y sentencias, ni amenizar las vidas de sus autores, como hicieron Plutarco, Diógenes Laercio y Valerio Máximo; sino para enseñar como el buen escritor que quiere dar valor á sus argumentos, y peso a sus proposiciones, recurre á estos exemplos para hacer mas florida, agradable, y espléndida la narracion.

De estos sentenciosos dichos sacamos otros

tantos testimonios de filosofia y de politica, para apoyar las sanas máximas que sostenemos, ó para rebatir las erradas que reprobamos, atribuyendo por este médio nuestra intencion á sus autores. Y asi tomarán fuerzas, y cobran crédito y autoridad, nuestros pensamientos quando concuerdan con los decretos de Platon, con los preceptos de Chilon, con las sentencias de Bias, con las respuestas de Diógenes, los consejos de Pítaco, las máximas de Agesiláo, &c.

No basta la autoridad de estos ilustres varones para confirmacion ó comprobacion de nuestro propósito; es menester la oportunidad en su aplicacion, y la economia en el uso de ella, por no hacer un pedantesco alarde de las riquezas de este género de erudicion. Pero el buen gusto dicta todavia otras reglas para introducir sin violencia estos varones en nuestra conversacion, poniendolos siempre en lugar eminente, que los haga mas visibles, y sus dichos sirvan como de thema para comenzar nuestras razones, ó de apoyo para concluiras.

Pondrémos de esta eleccion del primer lugar dos exemplos. Empieza así su proposicion un autor: *Mas quiero la cítara de Achíles, dixo Alexandro, quando entró en Ithion, á los que le ofrecieron enseñarle entre otras antiguallas, la de Páris. Aquel al son de la suya solia cantar las hazañas de los fuertes, y con la del otro se cantaban las blanduras de Venus, y sus alhagueños me-*

lindres. Prosigue el discurso acerca del caracter del valor, y del deseo de gloria en los hombres esforzados. Tendria menos eficacia y novedad esta proposicion, si en lugar de dar principio con esta abrupcion, comenzáse: Quando Alexandro entró en Ilion, dixo á los que le ofrecieron enseñar la cítara de Páris, mas quiero la de Achíles....

Oygamós á otro autor no menos eloquente, como rompe su discurso para probar que el valor no constituye á los héroes, sino la fortaleza; y entra de esta manera: *Si yo no fuera quien soy, quisiera ser Diógenes, dixo Alexandro al filósofo. No con menos razon podía el estoyco responderle lo mismo, y quedáran ambos estimados en su justo valor.*

Leemos en otro autor igual introduccion á manera de thema: *Si no fueses sediento de dineros, nunca trastornáras los huesos de los muertos: asi decian unas letras, que fué lo unico que halló Darío dentro del sepulcro de Semíramis, quando su codicia le llevó á abrirle, movido de esta inscripcion puesta por la Reyna al tiempo de labrarse su túmulo: EL REY QUE HUBIESE MENESTER DINEROS, DERRIBE EL SEPULCRO, Y TOME LO QUE QUISIERE. Esta burla y desengaño puede servir de advertencia y escarmiento á los codiciosos que....*

Leemos en los escritos morales de otro autor la siguiente introduccion: *Quando á Darío, al*

tiempo de abrir una granada, le preguntaron de qué querria tener tanto número como habia allí multitud de granos? respondió, de Zopiros. Muy bien quiso significar esta respuesta que ninguna cosa debe ser mas preciada ni deseada de un rey que los buenos y leales amigos.

Cambiando el orden de la oracion, puede sentarse la proposicion, y concluir con el testimonio de la sentencia ó dicho que se quiere traer por autoridad, como lo hace el mismo autor con una preparacion antes de sentar el caso: *Muy bien (dice) amonestaba Pytágoras á sus discípulos que nunca hiciesen ó dixesen cosa alguna estando coléricos. Asi Archita Tarentino, por seguir al maestro, habiendose enojado contra un esclavo, dixole: Castigárate yo ahora si no estuviera airado.*

Por igual manera entra otro autor reservando la autoridad del apotegma para concluir su oracion, y sellarla con este exemplo: *No se ha de creer que los trabajos de los que reynan sean menores que los de aquellos que pasan vida privada, ora sea en paz, ora en guerra. No puede haber cosa mas difícil que gobernar bien; tanto que no me parece muy sin donayre aquel dicho de Tiberio: nadie sabe quan gran bestia es el imperio, quien solia decir á sus amigos: que en ser emperador tenia el lobo por las orejas.*

Hablando Saavedra de los males que trae una guerra, dice: *Son medrosas las leyes, que*

se retiran y callan quando ven las lanzas: por esto dixo Mario, excusandose de haber cometido en la guerra algunas cosas contra la ley, que no lo habia oido con el ruido de las armas.

Apólogos.

Es el apólogo una ficcion que atribuye lengua racional á entes incapaces de razon. Quanta eficacia tengan los apólogos para persuadir, autores sagrados y profanos nos lo enseñan en muchos lugares. En el sagrado texto se lee la fábula de las plantas que tratan de elegir un rey, y se ven al fin precisadas a nombrar la cambroñera. (lib. judic. cap. IX.)

Dos maestros de la eloquencia hablan por muchos. Quintiliano en sus instituciones oratorias atribuye su invencion á Hesiodo, y los aprueba para mover los ánimos, y lo confirma Tito Livio con el exemplo de Menenio Agripa que reduxo la plebe en la gracia del Senado, propuesto el apólogo de los miembros del cuerpo conjurados contra el estómago. Y Aristóteles en su retórica les da particular excelencia para persuadir. No siempre, dice, se hallan exemplos y símiles proporcionados á nuestro intento; y entonces se puede inventar un apólogo que supla esta falta, y aun consiga mejor el efecto, por ser muy acomodados para mover al pueblo.

En efecto ¿ con qué fin fueron tan ingeniosamente inventadas y escritas por los sábios antiguos tantas fábulas y transformaciones, sino para amansar á los hombres fieros, y enseñar á los ignorantes?

El que en las fábulas de Esópo no viera mas que una conversacion entre dos animales, nada veria; y tomando la fábula por la verdad, erraria el fin de medio á medio. Y fuera mas bobo todavia si imaginase que el autor de estas ficciones creia realmente que habian hablado aquellos irracionales. Y ¿ quien, por bárbaro que sea, oyendo que Orfeo al son de la cítara atraia á sí las fieras y aun los peñascos, no conocerá la verdad de esta mentira?

Tambien se fingen héroes para ilustrar la fábula moral, como se reconoce en Homero, que encierra en su Iliada un genero de doctrina callada y encubierta, entretexida de alegorias para mover y deleytar. Y algunos creen fué el intento del poeta instituir algun principe, porque no solo hay en sus obras documentos y avisos militares, mas tambien preceptos políticos y alabanzas de muchos reyes y capitanes con deseo de que con sus hechos se enciendan los que los lean, y procuren adquirir semejante gloria. Para encarecer el poder de este estímulo, se cuenta que Theséo y Pyritóo, envidiosos de lo que los poetas cantaban en alabanza de Hércules, salieron lexos de su tierra á perpetuar sus nombres de

lo qual nació decirse que habian baxado á los infiernos. Dion pretende mostrar que Homero fue dechado, y aun principe, de la filosofia moral, como de otras ciencias. En Ulises pone todas las fuerzas y dotes de ingenio, industria, prudencia, y conocimiento de varias cosas: en Achiles fortaleza de ánimo y valentia corporal; y con ello le atribuye una arrebataada é implacable ira que le era como piedra en que aguzaba su esfuerzo; y en Diomedes, una cierta modestia con que solía aplacar qualquiera hinchazon airada, y que jamas en dicho ú hecho supo hacer injuria á nadie.

Parábolas.

Las narraciones de algun suceso que se finge, para sacar de él alguna moralidad, ó instruccion por comparacion ó semejanza, son *parábolas*, distintas de las fábulas morales ó apologos, porque en ellas los interlocutores que se introducen siempre son racionales. Y aunque la *parábola* es una especie de alegoría, parece que las dos se diferencian por sus obgetos: las maximas morales lo son de la primera, y los hechos historicos de la segunda. Ambas se disfrazan con cierto velo enigmático, que el buen escritor podrá hacerle mas ó menos transparente.

El estilo parabólico entretiene la imaginacion

y excita la curiosidad; por eso capta la atencion y ánimo del pueblo, que se complace de todo lo que le mueve y ocupa. Christo se sirvió de las parábolas como instrumento poderoso para introducir su doctrina de un modo indirecto y mas suave en el corazon del pueblo judío. Tales son la de las Vírgenes, cinco fátuas y cinco sabias, en el evangelio de S. Mateo, para amonestarnos que velemos y estemos prevenidos, pues no sabemos el dia ni la hora en que iremos á dar cuenta á Dios. Tales la del hijo pródigo, y la de la viuda, &c.

Las verdades hallan una entrada mas fácil por medio de estas narraciones alegóricas, que desengañan con mas dulzura y provecho. *Un rey* (dice Plutarco) *creyendo que el oro hacía la riqueza, aniquilaba sus vasallos en el trabaxo de las minas; y como viesen que todo perecía, recurrieron á la reyna. Esta mandó hacer secretamente panes, manjares, y frutas de oro, y lo hizo servir en la mesa de su marido, que se alegró de aquella vista; pero luego sintió hambre y pidió de comer. No tenemos sino oro, respondió la reyna, porque como los campos están incultos, y nada producen, se os sirve lo único que nos queda, y llena vuestro gusto.* El Rey entendió la advertencia y se corrigió.

A este género de figuras pertenecen las composiciones alegóricas, que con el título de *cuentos*,

fábulas y sueños han llenado tantos libros desde la mas remota antigüedad hasta nuestros dias,

Enigmas.

El *enigma* es tambien una especie de alegoría, que oculta artificiosamente el objeto á que conviene, y es el que se propone adivinar. Los enigmas son semejantes á los problemas: fórmanse por una dificultosa cuestión de las contradicciones del sugeto, haciendolo obscuro y difícil de descifrar; y no como las demas alegorias, que se presentan de tal modo que puede hacerse facilmente su aplicacion. Son del genio de los orientales, entre quienes siempre fueron cubiertas las doctrinas y avisos con sombras misteriosas para hacer la verdad menos ofensiva. Dicese que un gimnosofista indio inventó el juego del axedrez para advertir á su Nabab las obligaciones y peligros de su dignidad.

El *enigma* del panal de miel hallado en la boca del leon muerto, que se lee en el libro de los Jueces, es un emblema alegórico muy enérgico. La mano de Dios que escribe en la pared estas palabras: *Mena, Thequel, U-parsin*, peso, ligereza, division (sentencia mas concisa que ninguna de los Lacedemonios tan celebradas) nos da otro exemplo manifesto del estilo alegórico de los pueblos antiguos. Otro se lee en el

Capítulo XII. del Eclesiastico de Salomon, que empieza: *Los guardas de la casa tiemblan.* Diógenes Laercio nos ha conservado este *enigma* de Cléobulo, uno de los siete sábios de Grecia: *Doce hijos de un mismo padre tubieron cada uno treinta hijas morenas y treinta blancas, que tubieron la virtud de ser inmortales; y sin embargo ninguna se libró de la muerte.* Tal era entonces el vasto imperio de la alegoria.

En este género de invencion debemos trasladar aqui una pintura que hace un autor nuestro del siglo del gusto alegórico, en que representa por una enigmática comparacion á un poeta muy vano, cuyos versos eran robos de obras agenas, y dice: *Veis aquel hermoso páxaro de tan vária y magestuosa pompa que presume la gracia de Juno, y por quien el pavón está ya humilde, si no envidioso; sabed que es un cuervo que, si hubiera de restituir las plumas que ha hurtado á otras aves, y pagar las que tiene prestadas, se quedára en carnes, y aun en los huesos.*

Sin embargo, no debemos confundir el *enigma* considerado como *figura*, introducida de propósito en la composicion, con el estilo enigmático. Aquella puede tomarse por manera de sombra, de que se sirve el pintor para templar y contrastar la demasiada luz; ó si se quiere, como un lunar aplicado con ingeniosa oportunidad en un rostro cándido no sin alguna significacion. Pero lo otro será siempre un vicio en la verdadera elo-

qüencia, porque lo es todo abuso ; y toda obscuridad, ya nazca de estudio, ó de mal gusto, ó de impericia, es contraria á la declaracion de nuestros pensamientos.

635

FILOSOFIA

DE LA

ELOQUENCIA EXTERIOR.

Actio est eloquendi comes, et quasi corporis quædam eloquentia.

Cic. in Orat.

La eloqüencia escrita es como la música sobre el papel ; ambas yacen allí muertas, y ambas necesitan del auxilio de la voz, y tambien de la accion, que les dé espíritu y vida para excitar el oido y corazon del oyente. No por otra causa es ésta parte de la elocucion oratoria la mas esencial al que ha de mover y persuadir á otros ; pues el fruto y la gloria que con la pronunciacion alcanzaron los antiguos son el mayor testimonio del esmero con que cultivaron este arte dichoso, y el mas eficaz exemplo de la importancia de su estudio para los modernos.

Con unas mismas palabras podrá el que habla,